

11-20 11/535-9
Juegos Florales Deportivos



Cuerpo de Excursionistas "Jorge Matte G."

12 DE MAYO 1926

TEATRO MUNICIPAL

9

K. O.

Tema 2.º— Segundo premio

Es una temeridad hacer la travesía directa del Océano Pacífico, entre Valparaíso y Yokohama. Y sin embargo, cuántas veces no tuve que hacerla yo, amarrado en mi puesto! En medio de la enorme masa de las aguas, lejos de todo el mundo conocido y en el centro mismo de un horizonte circular que corta en el espacio dos inmensidades, nos sentimos tan miserablemente pequeños, que nuestro espíritu se anada y casi se esfuma en su insignificancia. Si algún día yo hubiera sido juguete de la flaqueza de darme muchos humos, se me habrían desvanecido, sin duda alguna, en mi primer viaje por el Grande Océano.

En la toldilla de proa, lugar prominente en donde viajé las más de las veces, la influencia occidente del aire salado y húmedo empañó mi superficie y me arrebató aquel hermosísimo brillo metálico que era todo mi orgullo. A bordo del buque japonés, en que tantas travesías hice, yo era el plomo de la sonda, la que al entrar en cada puerto o recalada, avisa a los marinos los peligros de los bajos fondos.



Una tempestad horrorosa cerca de
Haway

Una tempestad horrorosa, cerca de Haway, despedazó mi buque, cortó el cordel, mi compañero de esclavitud en la sonda, y caí al abismo del celoso mar.

*
* *

A nadie impresiona el hecho vulgar de la caída al agua de un mísero pedazo de plomo, por muy importante que antes hubiera sido su papel en honrosas maniobras náuticas. Pero mi caída, no fué una caída cualquiera, sin mayores consecuencias. Más importante que la mía sólo considero la de la pera insolente que golpeó el cráneo del insigne Newton. Mi descenso al seno de los mares puede parangonarse con el primer viaje de Colón, porque ambas empresas—no hace al caso que la mía la emprendiera sin el voto favorable de mi voluntad—han sido y serán de grandes consecuencias para los conocimientos humanos.

Acostumbrado como estaba a ser arrojado al mar, nada me inquietó al comienzo de mi inmersión; pero, luego que hube recorrido cien brazas, sin encontrar fondo, me picó el cominillo del desasosiego. Ducho en la mensura de sondajes, no me fué difícil calcular el camino andado, y, recordando las pamplinas de Wells, comenzó a horrorizarme la expectativa de un calor espantoso como el soñado por aquel autor inglés para la famosa esfera de su invención. Wells, olvidándose de que en el agua no pueden alcanzarse grandes velocidades y de que al calor del rozamiento lo encadena el frío de las nuevas capas líquidas que encuentra el móvil en su camino, supuso que su esfera se calentaría en el descenso al fondo del mar y que alcanzaría una velocidad vertiginosa. Pero estos temores se me desvanecieron muy pronto. Cierro que adquirí alguna velocidad a poco de caer; nunca creo haber andado tan ligero; sin embargo, luego comenzó a declinar mi carrera, y a cada instante mi movimien-

to encontraba mayores dificultades. En cuanto a la temperatura, que era mi terror, no sobrepasó mucho a la de una fiebre palúdica.

Cuando descendí a diez mil brazas, mas o menos, la oscuridad se hizo impenetrable, y sentí el agua tan pesada, tan gruesa, como si se hubiera transformado en torpe azogue.

Yo apenas caminaba ya y pronto me detuve. Y, algo que encontré muy raro, casi al instante me sentí llevado hacia arriba, como si formara parte todavía de la sonda de mi buque, despacio al comienzo y más ligero enseguida. A poco me detuve otra vez y volví a descender. Y así estuve un tiempo, no recuerdo cuanto, bajando y subiendo, hasta que al fin fui presa de la inmovilidad más absoluta.

Sin la alternativa de luz y tinieblas por que pasamos en la superficie, yo no sabía, en mi densa oscuridad, ni de días ni de noches; y aquello de sentirme inmóvil, sin estar ni asentado sobre un lecho ni colgando de algo, me hacía pensar en cosas tan descabelladas que por momentos creía tocar los linderos de la locura. Arrastrado por la fiebre de la fantasía, lucubraba mil problemas respecto de mi prisión honda y tétrica.

Desde luego comprendí que no me encontraba en el centro de gravedad de esta masa atractiva que llamamos Tierra, porque allí yo me habría sentido tan liviano como una pelusa, juguete tan solo de la atracción resultante del Sol, de los planetas y demás cuerpos celestes. En el centro de gravedad el peso se anula, porque la atracción terrestre en ese punto se ejerce en todos los sentidos, y con igual fuerza se contrarrestan allí, de dos en dos, todas las atracciones antagónicas. Además yo tenía conciencia de no haber recorrido la enorme longitud de un radio terrestre. Más aún, había podido asegurar que estaba más cerca de la superficie que del centro de nuestro globo.

En las minas, pensaba yo, se ha comprobado que el peso aumenta a medida que se descende. Pero, si en el centro de gravedad el peso se anula, quiere decir que entre la superficie y el centro la pesantez pasa por un máximo. ¿En qué parte estaría este valor máximo, de la presión o peso? ¡Quién sabe! Lo que no me cabe duda es que hay una capa o superficie de nivel intermedia donde alcanza el peso de la materia terrestre su más alto valor. Y las variaciones de la pesantez, a lo largo de un radio de nuestro planeta, deben de seguir una ley matemática, talvez una ley parabólica...

Con estos pensamientos volvía a poseerme el pánico. ¿Estaría en la capa del peso máximo? Y si así fuera, qué fuerza sería capaz de sacarme de allí? Habría de quedarme solo por toda la eternidad? La muerte sería así?

Dióme un síncope y quedé sumido en un sopor nirvánico, el cual vino a pasármese con las roncadas vibraciones de un ruido que surgió con inaudita rapidez desde el fondo de las tinieblas. La onda sonora pasó por mí como un celaje y me dejó vibrando, palpitante, sintiendo el agua espesa que me esferaba como un sudor frío, de terror. Y así como al *blitz* del relámpago siguen los botes tremendos del trueno, tras la onda sonora sentí la horrorosa angustia de una presión brutal. Fuí liquidado al rojo y al blanco y, en medio de un torbellino de vapores, me sentí arrojado con la velocidad del rayo hácia un campo de luz. Creí llegar a las vecindades del Sol, en tal forma me cegó el brillo de aquel campo; pero, solamente había salido a la bella y transparente atmósfera, a esa atmósfera radiante, símbolo de la dicha, en que plácidamente me aereaba cuando residía en mi buque japonés.

No caí al mar por vez segunda.

Mi luminosa carrera la terminé en una roca de una isla que acababa de surgir de las entrañas de los mares, talvez con el objeto de ser mi pedestal. Y posando en aquel duro lecho en forma de una esferilla achatada, que

podría caber en un puño, me encontraron cuatro días después los marinos de un barco de guerra yanqui, quienes tomaron posesión de mis rocas volcánicas en nombre del imperialismo de las estrellas norteamericanas. Mi hallazgo dió motivo a acaloradas discusiones. Recuerdo que el capitán aseguraba que yo era una bala japonesa, y que los malditos nipones se llevarían un chasco amarillo cuando fueran a recuperar aquella espléndida base carbonera...

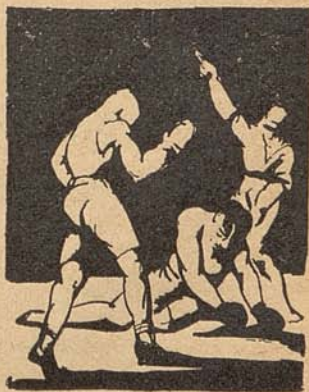
Y, por creérseme munición japonesa, me arrojaron con furia anglo-sajona contra el piso de la cámara....

*
**

¡¡Ai!! fué el hondo suspiro que exhalé, y abrí los ojos ante mis asustados circunstantes. El médico y mis *seconds*, con mil cuidados me trasladaron al camarín y poco a poco recobré del todo el conocimiento.

En este *match*, al sentir talvez el golpe del plomo que fraudulentamente había escondido en el guante mi contendor, y caer exánime sobre *el ring*, me creí de plomo, y, en el caos que se produjo en mi mente, me hundí, en alas de mi delirio, en las profundidades insondables y lóbregas del Océano Pacífico.

Los médicos me han prohibido el *boxeo*, porque en cada K. O. ante adversarios más fuertes, he sufrido conmociones cerebrales peligrosas, seguidas de un estado sonambúlico.



... y al caer exánime sobre el ring,
me creí de plomo

Pero, debido solamente a mi expedición al fondo de los mares, he resuelto *refrenar* mi entusiasmo deportivo. En adelante me verán los boxeadores... pero, desde el otro lado de los cordeles...

No quisiera por nada del mundo volver a visitar la capa de máxima presión, ni mucho menos buscar allí mi eterno alojamiento.

MIGUEL NÚNEZ MORGADO
Do ut des

SASTRERIA ABELIUK

Hace Trajes y Abrigos de medida con

FACILIDADES DE PAGO

HUERFANOS 820

Frente al Teatro Victoria

No vote Ud. su sombrero
por viejo o usado que esté

“Mi Sombrerería”

Se lo dejará completamente nuevo

LIRA NÚM. 7

Al lado del Teatro Septiembre